

do acudido todas las tropas al territorio de los faliscos, dejaron los bagajes en Falerias, bajo la guarda de débiles fuerzas, y no teniendo el ejército nada que estorbaba su marcha, se dedicó á talar el país enemigo; todo quedó asolado por el hierro y el fuego; arrebatóse el botín por todos lados; no se limitaron á dejar al enemigo un suelo despojado, los castillos y los caseríos fueron incendiados; pero renunciaron por el momento á poner sitio á las ciudades, en donde se habían refugiado por terror los etruscos. El cónsul Cn. Fulvio dió en el Samnio, cerca de Boviano, un combate memorable, cuyo resultado no fué dudoso: en seguida atacó á Boviano y poco después á Anfidena, de la que se apoderó por la fuerza.

En el mismo año se llevó una colonia á Caseolos, en el territorio de los equícolas. El cónsul Fulvio triunfó de los samnitas. Al acercarse los comicios consulares, corrió el rumor de que levantaban grandes ejércitos los etruscos y los samnitas; que en todas las asambleas lanzaban violentas reconvenções á los jefes etruscos porque no habían arrastrado á toda costa á los galos á la guerra; que se censuraba abiertamente á los magistrados samnitas por no haber opuesto á los romanos más que el ejército destinado á marchar contra los lucanos; que los enemigos iban á entrar en campaña con las fuerzas de sus aliados reunidas con las propias, y que tendría que sostenerse una lucha muy desigual. En medio de estas alarmas, todos los ojos, no obstante la importancia de los que pedían el consulado, se fijaron en Q. Fabio Máximo, que al principio no estaba en el número de los candidatos, y que viendo los ánimos inclinados á su elección, llegó á rehusar. «¿Para qué lanzar de nuevo á los negocios á un anciano que ya había recorrido su carrera de trabajos y honores? Ya no tenía el mismo vigor de cuerpo y de espíritu; temía hasta á su for-

tuna, que podía parecer á algún dios más grande y duradera de lo que permiten las vicisitudes humanas. Si había sucedido en gloria á jefes más antiguos, á su vez veía con satisfacción que otros se elevaban á la altura de su gloria. En Roma no faltaban las grandes dignidades á los hombres de mérito, ni hombres de mérito para las grandes dignidades.» Esta moderación excitaba más y más el entusiasmo de los ciudadanos. Creyendo deber obligarles por la autoridad de las leyes, mandó dar lectura á la que impedía nombrar cónsul al mismo ciudadano antes de haber transcurrido diez años; lectura que apenas se escuchó á causa del ruido; y los tribunos del pueblo decían que no habría obstáculo por este lado y que proponían al pueblo le dispensase de las leyes; pero él persistía en su negativa, preguntando: «¿De qué servía dar leyes si habían de eludir las aquellos mismos que las presentaban? Ahora se doblegaban las leyes en vez de doblegarse ante ellas.» El pueblo, sin embargo, marchaba á la votación, y cada centuria, á medida que era llamada al recinto, nombraba cónsul á Fabio por considerable mayoría. No pudiendo entonces resistir al deseo general, dijo: «¡Que los dioses aprueben lo que acabáis de hacer y en adelante hagáis, oh romanos! Por lo demás, puesto que obráis conmigo como os place, que valga mi recomendación para elegir mi colega; yo os ruego que nombréis cónsul conmigo á P. Decio, á quien tuve ya por compañero en un consulado anterior, varón digno de vosotros y digno de su padre.» Justa pareció la petición, y todas las centurias que quedaban nombraron cónsules á Q. Fabio y á P. Decio. Los ediles demandaron á muchos ciudadanos porque poseían más terreno del que permitía la ley, y no se absolvió casi á ninguno, severidad que fué poderoso freno contra las invasiones de la codicia.

Mientras los nuevos cónsules Q. Fabio Máximo y

P. Decio Mus, que lo eran el primero por cuarta vez y el segundo por tercera, discutían cuál de ellos se encargaría de los etruscos ó de los samnitas, qué número de tropas exigía cada guerra y para cuál de ellas era más á propósito el uno ó el otro general, llegaron legados de Sutrio, Nepente y Falerias, anunciando que se celebraban asambleas en Etruria para decidir condiciones de paz; esta noticia hizo descargar sobre el Samnio todo el peso de la guerra. Partieron los cónsules, y con objeto de procurarse más fácilmente víveres y mantener al enemigo en mayor incertidumbre acerca del punto por donde comenzaría la guerra, llevaron las legiones al Samnio, Fabio por el territorio de Sora y Decio por el de Sedicino. Cuando llegaron á las fronteras enemigas, uno y otro cónsul diseminaron sus tropas y avanzaron talando el país; pero con la precaución, sin embargo, de adelantar los reconocimientos más que el pillaje. Por esta precaución no les sorprendió el enemigo, que se había apostado cerca de Tiferno, en un valle cubierto de bosques, donde lo preparó todo para caer desde lo alto de una eminencia sobre el ejército romano, comprometido en la parte estrecha del valle. Fabio, después de colocar en sitio seguro sus bagajes bajo la custodia de algunas fuerzas y prevenido á sus soldados que se iba á combatir, hizo avanzar al ejército formando cuadro hacia la emboscada del enemigo que acabamos de mencionar. Habiendo perdido los samnitas la esperanza de sorprender á los romanos, y viendo que ya no podían combatir más que al descubierto, prefirieron correr los riesgos de una batalla campal. Bajaron, pues, á la llanura y se entregan á la fortuna con más decisión que confianza; por lo demás, bien porque hubiesen reunido lo más animoso de cada pueblo del Samnio, sea que aquel trance decisivo inflamase su valor, no dejaron de inspirar algún miedo aun

en aquel combate á campo raso. Viendo Fabio que el enemigo no perdía terreno en ningún lado, mandó á M. Fulvio y á M. Valerio, tribunos de los soldados, con quienes había acudido á la primera línea, «que marchasen á exhortar á los jinetes en nombre de los señalados servicios que tantas veces habian prestado los caballeros á la república, para que hiciesen aquel día todos los esfuerzos posibles para conservar la inalterable gloria de su orden. En la lucha con la infantería, el enemigo era inquebrantable; nada podía esperarse si no era de un ataque impetuoso de la caballería.» Después, dirigiéndose á aquellos dos jóvenes, llamándoles por sus nombres con el acento más afectuoso, les prodiga alabanzas y promesas. Por lo demás, persuadido de que si aquella medida no daba resultado, siendo ineficaz la fuerza, tendría que recurrir á la astucia, mandó á su legado Escipión retirar del campo de batalla á los hastatos de la primera legión, y llevarles por senderos extraviados, lo más secretamente posible, á las montañas inmediatas; en seguida, cuidando constantemente de ocultar su marcha, ganar con ellos la cumbre de aquellas montañas, desde las que se presentarían de pronto al enemigo por su retaguardia. Los jinetes, guiados por los tribunos, habiéndose colocado bruscamente delante de las enseñas, no pertubaron más al enemigo que á los romanos. El ejército samnita se mantuvo firme ante su impetu, y por ningún lado se le pudo desordenar ni hacerle retroceder. Viendo la inutilidad de su tentativa, los jinetes abandonaron el combate y se retiraron detrás de los peones: esto aumentó la audacia del enemigo. Extenuada la primera línea por aquel obstinado combate, no hubiese podido resistir aquel aumento de energía que daba al enemigo el convencimiento de su propia fuerza, si el cónsul no la hubiese hecho reemplazar por la segunda. Estas tropas frescas detuvieron

á los samnitas, que se precipitaban ya adelante, y la vista inesperada de las enseñas que aparecieron oportunamente en las alturas, los gritos que lanzó aquel destacamento, difundió terror en los samnitas, aumentando Fabio gritando que se acercaba su colega Decio. Al escuchar estas palabras, llenos de regocijo los soldados, se dicen recíprocamente que es el otro cónsul, que llegan sus legiones, y aquel error, al mismo tiempo que es útil á los romanos, produjo espanto á los samnitas, que emprenden la fuga, asustados especialmente por el peligro de verse abrumados, en el caso sancio que les dominaba, por tropas de fresco que iban á atacar por primera vez. Pero como se dispersaron por todos lados, su pérdida no estuvo en proporción con la derrota. Matáronles tres mil cuatrocientos hombres, se les cogieron cerca de ochocientos treinta y se apoderaron de veintitrés enseñas.

Antes de esta batalla se hubiesen unido á los samnitas los apulios, si el cónsul P. Decio no les hubiera detenido cerca de Malavento, atrayéndoles al combate y deshaciéndoles. También allí fué mayor la derrota que la pérdida; los apulios no perdieron más que dos mil hombres, y Decio, despreciando aquel enemigo, llevó sus legiones al Samnio. Entonces recorrieron el país los dos ejércitos consulares en dirección opuesta, y durante cinco meses lo devastaron por completo. Decio ocupó en el Samnio cuarenta y cinco campamentos y el otro cónsul ochenta y seis, todos fáciles de reconocer, menos por los vestigios de las empalizadas y de los foros, que por la devastación y despoblación de las intermediaciones, señal mucho más evidente de su paso por aquellas comarcas. Fabio tomó además la ciudad de Cimetra, haciendo en ella dos mil cuatrocientos prisioneros y mató al enemigo cerca de cuatrocientos treinta hombres. Habiendo regresado desde allí á Roma para

celebrar los comicios, apresuróse á terminar esta operación. Como las primeras centurias nombraban unánimemente cónsul á Q. Fabio, Ap. Claudio, candidato consular, hombre ardiente y ambicioso, tanto por su propio interés cuanto por el del patriciado, que hubiese querido volver á poner en posesión de los dos puestos de cónsul, reuniendo á su influencia personal toda la de la nobleza, se obstinó en hacerse nombrar cónsul con Q. Fabio. Este se negó al principio y empleó casi las mismas razones que adujo el año anterior; la nobleza entera rodea su silla curul: todos le instan para que arranque el consulado del fango plebeyo y devuelva á aquel cargo su anterior majestad y á las familias patricias su antigua gloria. Habiendo impuesto silencio Fabio calmó aquella excitación de los ánimos con moderadas palabras, diciendo: «Que con gusto habría recibido los nombres de dos patricios, si hubiese visto nombrar cónsul á otro ciudadano que él; pero que sin desprecio de las leyes, no podía ocuparse de sí mismo en los comicios y que jamás daría aquel funesto ejemplo.» Así, pues, el plebeyo L. Volumnio fué nombrado cónsul con Ap. Claudio; éstos fueron colegas en su primer consulado. La nobleza reconvino entonces á Fabio porque había tenido la concurrencia de Ap. Claudio en el consulado, teniendo Apio por su elocuencia y habilidad en los negocios reconocida superioridad.

Terminados los comicios, recibieron orden los antiguos cónsules de continuar la guerra en el Samnio y les prorrogaron el mando por seis meses. Así, pues, en el año siguiente, bajo el consulado de L. Volumnio y de Ap. Claudio, P. Decio, á quien su colega había dejado cónsul en el Samnio, nombrado procónsul, no cesó de talar el país, y concluyó por arrojar completamente al ejército samnita, que nunca quiso correr los riesgos del combate. Este ejército pasó á la Etruria, y

allí, lisonjeándose de que la presencia de tan considerable número de soldados, sosteniendo sus peticiones por el terror, obrarían con más eficacia de la que consiguieron sus infructuosas diputaciones, exigieron la reunión de los principales jefes etruscos. Cuando estuvieron reunidos expusieron los samnitas el considerable número de años que estaban combatiendo por la libertad en contra de los romanos. «Todo lo han puesto en obra para sostener con sus propias fuerzas el peso de tan temible guerra; han tratado de conseguir socorros, poco importantes en último caso, de los pueblos vecinos; han pedido la paz al pueblo romano, cuando se han visto en la imposibilidad de continuar la guerra; han empuñado de nuevo las armas, porque la paz con la servidumbre es más insoportable que la guerra con la libertad. Ya no tienen otra esperanza que los etruscos; saben que esta nación es la más poderosa de Italia, por sus armas, sus guerreros y sus riquezas: tiene por vecinos los galos, nacidos entre el hierro y las armas, naturalmente intrépidos y sobre todo contra los romanos, lisonjeándose, no sin razón, de haberles vencido y obligado á rescatarse con oro. Que se penetren los etruscos del mismo espíritu que en otro tiempo animó á Porsena y á sus antepasados, y no se tardará en arrojarles al otro lado del Tíber y en obligar á aquellos tiranos de la Italia á combatir por su propia salvación y no por su odioso mando. Ha llegado un ejército samnita bien equipado, bien provisto de armas y dinero, dispuesto á seguirles por todas partes, hasta para sitiar á la misma Roma.»

Mientras procuraban conmover la Etruria con este altivo lenguaje, la guerra romana devoraba su país. Informado P. Decio por sus exploradores de la marcha del ejército samnita, reunió inmediatamente su consejo: «¿Por qué hemos de limitarnos, dijo, á vagar por los

campos y á pasear la guerra de caserío en caserío? ¿Por qué no atacamos ciudades y murallas? Ya no hay ejército que defienda el Samnio; el enemigo ha abandonado su país, imponiéndose espontáneamente el destierro.» Habiendo adoptado todos esta opinión, les llevó al ataque de Murgancia, ciudad fortificada, desplegando tanto ardor los soldados, excitados á la vez por el cariño que profesaban á su jefe y por la esperanza de botín más rico que el que habían recogido en los campos, que en un solo día tomaron por fuerza la plaza. En ella encontraron armados dos mil cien samnitas, que fueron envueltos y hechos prisioneros, recogiendo también considerable botín. Temiendo Decio que el pesado bagaje perjudicara los movimientos del ejército, mandó convocar los soldados: «¿Os contentaréis, les dijo, con esta victoria y este botín? ¿No queréis levantar vuestras esperanzas al nivel de vuestro valor? Todas las ciudades de los samnitas y las riquezas que encierran son vuestras, porque en tantos combates habéis derrotado sus legiones, que al fin las habéis arrojado del territorio. Vended lo que habéis cogido, y con el cebo de la ganancia atraed al negociante en pos del ejército; muy pronto os proporcionaré nuevos objetos que vender. Marchemos de aquí á la ciudad de Romulea, que no os costará mayores esfuerzos y os dará botín más rico.» Una vez vendido el botín, apresurando ellos mismos al general, se dirigen á Romulea. Allí también, sin recurrir á trabajos ni máquinas, una vez puestos al alcance, arrojando todo lo que podía defender las inmediaciones, corren á apoyar las escalas y llegan á lo alto de las murallas. La ciudad fué tomada y entregada al pillaje. Perecieron allí dos mil seiscientos hombres y fueron hechos prisioneros seis mil. Dueño el soldado de considerable botín, tuvo que venderlo como la primera vez: llevado de allí á Terentino, aunque no le dejaban tiem-

po para descansar, marchó con extraordinario apresuramiento. Aquí encontraron mayores trabajos y peligros; las murallas fueron defendidas con heroico valor, además de que la plaza estaba protegida por sus fortificaciones y posición; pero acostumbrado al pillaje el soldado, venció todos los obstáculos. Cerca de tres mil enemigos fueron muertos en las murallas; el botín fué para el soldado. Algunos anales atribuyen principalmente á Máximo el honor de estos triunfos; diciéndose en ellos que Decio tomó á Murgancia, y Fabio á Ferentino y Romulea. Algunos historiadores atribuyen la gloria á los nuevos cónsules; otros á uno solamente, L. Volumnio, á quien tocó por suerte el Samnio.

Mientras esto acontecía en el Samnio, bajo el mandato y los auspicios de uno ú otro general, preparábase en Etruria numerosa coalición de pueblos, de la que iba á resultar terrible guerra contra los romanos: habíase formado el samnita Gelio Egracio. Casi todos los toscanos habian tomado las armas: el contagio se había propagado á los pueblos de la Umbria más inmediatos, y se compraba por dinero el socorro de los galos. El punto de cita para aquella multitud era el campamento de los samnitas. Cuando se conocieron en Roma estos imprevistos movimientos, el cónsul Volumnio había partido ya para el Samnio con la segunda y tercera legión de quince mil aliados, y se decidió hacer marchar todo lo más pronto posible á Ap. Claudio para la Etruria. Siguiéronle dos legiones romanas, la primera y la cuarta, y doce mil aliados, marchando á acampar á corta distancia del enemigo. La principal ventaja de la pronta llegada de Claudio, fué que el temor del nombre romano contuvo algunos pueblos de la Etruria dispuestos á tomar las armas; por lo demás, el cónsul mostró poca habilidad y no obtuvo éxito; trabando muchos combates en posiciones y circunstancias desfavorables. La

confianza que estas pequeñas ventajas daban al enemigo, le hacian más molesto cada día, y casi se había llegado al extremo de que el soldado no confiaba ya en su general ni el general en el soldado. Encuentro en tres analistas que escribió á su colega para que fuese del Samnio á socorrerle; sin embargo, resisto dar como cierto este hecho, cuando veo que entre dos cónsules del pueblo romano, revestidos ya por segunda vez con esta dignidad, este mismo punto fué objeto de debate, diciendo Apio que no había escrito y asegurando Volumnio que no había marchado sino por la carta de su colega. Volumnio había tomado ya en el Samnio tres fortalezas, en las que había matado al enemigo cerca de tres mil hombres y hecho cerca de mil quinientos prisioneros; además había reprimido en los lucanos sediciones excitadas por los plebeyos é indigentes que les capitaneaban, enviando allí á Q. Fabio con su antiguo ejército, que fué poderosamente secundado por los magnates del país. Dejando á Decio el cuidado de saquear el territorio enemigo, se puso en marcha con sus tropas para unirse con su colega en la Etruria. Su llegada produjo universal alegría. En mi opinión, Apio, que tenía el convencimiento de lo que había hecho, debió irritarse justamente, si, en efecto, no había escrito; pero si había necesitado socorros, era pequeñez é ingratitud negarlo. Después de saludarle, adelantándose Apio hacia su colega, le dijo: «¿Marcha todo bien, Volumnio? ¿Cómo están los asuntos del Samnio? ¿Qué motivo ha podido impulsarte á abandonar tu provincia?» Volumnio contestó: «Que los asuntos del Samnio eran satisfactorios; que había venido por la carta en que le llamaba; que si la carta era falsa y no se necesitaban sus servicios en la Etruria, en el mismo momento iba á retroceder. Parte, pues, le dijo; no se te detiene. Porque no es conveniente que bastando apenas quizá para la guerra desd

que estás encargado, puedas vanagloriarte de haber venido aquí á socorrernos.» Volumnio exclamó: «Quiera Hércules que todo marche bien. Preferible es haber tomado un trabajo inútil á presenciar alguna desgracia que hiciese insuficiente para la Etruria un solo ejército consular.»

Ya se separaban los cónsules, cuando los legados y tribunos del ejército de Apio les rodean: unos suplican á su general que no rechace un socorro que le ofrecía la fortuna y que él mismo debió solicitar; la mayor parte se lanzan delante de Volumnio que partía y le suplicaban que no perdiese á la república por un deplorable debate con su colega. «Si sobrevenia algún desastre, antes se achacaría al que se habría retirado que al que quedaría abandonado. Las cosas se encontraban en tal estado que la gloria ó la vergüenza del resultado de la campaña en la Etruria recaería completamente sobre L. Volumnio: no se fijarían en los discursos de Apio, sino en la suerte de los ejércitos. Si Apio le rechazaba, la república y el ejército le retenían; bastábale observar las disposiciones de los soldados.» En medio de estas observaciones y de estas instancias, llevaron á los cónsules, casi forzosamente, á la gran explanada del campamento donde estaban reunidos los soldados. Allí se pronunciaron largos discursos sobre poco más ó menos en el mismo sentido de lo que se había dicho hasta entonces en grupos poco numerosos; y como Volumnio, cuya causa era la mejor, había mostrado cierto talento oratorio, hasta delante de la renombrada elocuencia de su colega, Apio le dijo como burlándose: «Que debían agradecerle haber hecho un cónsul elocuente de un hombre cuya lengua parecía trabada; que durante su primer consulado, sobre todo en los primeros meses, no había desplegado los labios y que ahora prodigaba las arengas populares.» «Sería incomparablemente me-

yor, dijo Volumnio, que hubieses aprendido de mí á hacer mejor la guerra, que yo de ti á hablar bien. Y concluyó por proponerle un medio que debía decidir, no quién fuese mejor orador, cosa que importaba muy poco á la república, sino quién era mejor general. Dos provincias había, la Etruria y el Samnio: que tomase Apio la que prefiriese, y él, en la Etruria ó en el Samnio, sabría cumplir su deber con su ejército.» Entonces comenzaron á gritar los soldados que era indispensable que los dos reunidos emprendiesen la guerra de la Etruria. A esta manifestación de la voluntad de las tropas, dijo Volumnio: «Puesto que me he engañado al interpretar las intenciones de mi colega, no me expondré á engañarme acerca de las vuestras. Dadme á conocer con vuestros gritos si debo permanecer ó retirarme.» Entonces se alzó tal clamor, que los enemigos salieron de su campamento armados en batalla. Volumnio, por su parte, mandó tocar ataque y sacar las enseñas del campamento. Dícese que Apio vaciló, viendo que, ora combatiere, ora permaneciese en reposo, su colega alcanzaría la victoria; que temiendo en seguida que sus propias legiones siguiesen á Volumnio, dió también la señal que pedían con insistencia. Por ningún lado hubo bastante orden en las disposiciones. En efecto, el general de los samnitas, Gelio Egnacio, había marchado á forrajear con algunas cohortes; y sus soldados, al lanzarse al combate, seguían más bien su impetuosidad, que la dirección ó el mando de un jefe cualquiera: por el otro lado, los dos ejércitos romanos no marcharon en el mismo momento, y no tuvieron tiempo para formarse en batalla. Volumnio trabó el combate antes que Apio estuviese al alcance del enemigo. Así, pues, el primer ataque recayó sobre un frente desigual, y no sé por qué casualidad, que cambió para los dos cónsules los enemigos que se les oponían, los etruscos

se lanzaron contra Volurnio, y los samnitas, algo retrasados por la ausencia de su general, contra Apio. Dicese que en lo más recio del combate, alzando Apio las manos al cielo, de manera que fuese visto en las primeras filas, exclamó: «¡Belona, si hoy nos das la victoria, yo te ofrezco un templo!» Después de pronunciar estas palabras, animado en cierto modo por el espíritu de la diosa, igualó en valor á su colega y á su ejército. Los dos jefes se distinguieron como generales, y los soldados de cada ejército se esforzaron para no ceder á los otros el honor de vencer los primeros. Rechazan y ponen en fuga á los enemigos, que no podían resistir á una masa muy superior á la que de ordinario combatían. Estrechándoles á medida que retrocedían y persiguiéndoles en la derrota, les rechazaron hasta su campamento. Allí, la llegada de Gelio con sus cohortes de sabetinos reanimó algo el combate; pero desordenadas muy pronto estas tropas, los vencedores atacaron el campamento; y como Volurnio se lanzó en persona á una puerta, y Apio, repitiendo de tiempo en tiempo el nombre de Belona victoriosa, inflamaba el ánimo de los soldados, atravesaron las empalizadas y los fosos. El campamento fué tomado y saqueado, encontrándose allí considerable botín que se abandonó á los soldados. El enemigo perdió siete mil trescientos hombres muertos y dos mil ciento veinte prisioneros.

Mientras se ocupaban en la guerra etrusca los dos cónsules y todas las fuerzas romanas, [nuevos ejércitos levantados en el Samnio parten para talar las fronteras del territorio romano, y atravesando el país de Vescia, avanzan por la Campania y el territorio de Falernas, donde recogen inmenso botín. Volurnio retrocedía á largas jornadas al Samnio (porque se acercaba el término del mando prorrogado á Fabio y Decio); pero enterado de los estragos que causaba el ejército samni-

ta en el territorio de los campanios, marcha en socorro de los aliados. Llegado al Caleno, vió por sí mismo las huellas de reciente devastación, y sabe por los calenios que el enemigo llevaba consigo un botín tan considerable ya, que entorpecía la marcha del ejército; que los jefes decían en voz alta que era necesario volver al Samnio para dejar el botín y emprender en seguida sus expediciones, y no exponer á los trances de una batalla tropas tan cargadas. Aunque estos relatos eran verosímiles, creyó conveniente asegurarse de la verdad de los hechos y destacó algunos jinetes para que cogiesen merodeadores de los que se aventuraban dispersos por los campos. Interrogándoles, supo que el enemigo se encontraba en las orillas del Vulturno, que debe levantar el campo á la tercera vigilia y que se dirige al Samnio. Con estos datos precisos, marchó á colocarse á cierta distancia del enemigo, de modo que ocultase su ejército, quedando en disposición de caer sobre el enemigo cuando saliese del campamento. Poco antes de amanecer, se acerca al campamento y envía emisarios que conocían la lengua osca, para examinar lo que pasa. Estos hombres, mezclados entre los enemigos, cosa fácil en el desorden de la noche, se enteran de que los que habían partido no marchaban compactos en derredor de las enseñas; que el botín desfilaba con escolta de soldados, vil rebaño en el que cada cual se dirigía á su antojo, sin unión ni jefe que supiese hacerse obedecer. Pareció muy oportuno para el ataque aquel momento; el día se acercaba ya y el general romano mandó dar la señal y cayó sobre el enemigo. Entorpecidos los samnitas con el botín, desarmados la mayor parte, redoblan el paso, hostigando delante de ellos sus bestias de carga, se detienen sin saber si les convendrá más avanzar ó retroceder al campamento y son destrozados en medio de su indecisión. Los romanos habían fran-

queado ya las empalizadas, y la matanza y confusión estaban en el mismo campamento. El ejército samnita, además del ataque de los enemigos, quedó perturbado por la repentina sublevación de los prisioneros. Los que se encontraban ya libres, se ocupaban en desatar á sus compañeros, y algunos se arrojaban sobre las armas; atadas entre los bagajes. Confundidos con los samnitas, ocasionaron entre ellos mayor desorden que el mismo combate, distinguiéndose en seguida por memorable hazaña. Viendo al general Stayo Minacio que recorría las filas exhortando á los suyos, caen sobre él, dispersan los jinetes que le acompañan, le rodean y llevan con su caballo hacia el cónsul romano. Al oír el tumulto, retrocede la cabeza del ejército samnita, comienza de nuevo el combate, que estaba terminado ya; pero no puede sostenerlo mucho tiempo. Cerca de seis mil hombres fueron destrozados, y quedaron prisioneros dos mil quinientos, entre ellos cuatro tribunos militares. Cogiéronse treinta enseñas, y lo que colmó de alegría á los vencedores, recobraron siete mil cuatrocientos prisioneros y considerable botín que pertenecía á los aliados. El general invitó á los dueños para que fuesen á recoger lo que les pertenecía; y todo lo que no fué reclamado en el término establecido, se abandonó al soldado, teniendo cada cual que vender su botín para no ocuparse más que de las armas.

Muchas alarmas había excitado en Roma aquella devastación de la Campania: precisamente se anunció al mismo tiempo desde la Etruria que después de la marcha de Volumnio, los etruscos habían empuñado de nuevo las armas; que Gelio Egnacio, general de los samnitas, impulsaba á los umbrios á la sublevación y procuraba seducir á los galos por medio de importantes ofrecimientos. Asustado el Senado con estas noticias, manda proclamar la suspensión de negocios y

dispone levas extraordinarias. Sometióse á la fórmula del juramento, no solamente á los hombres libres y jóvenes, sino que también se formaron cohortes de ancianos y centurias de libertos. Ocupáronse además de los medios de defensa de la ciudad, presidiendo el pretor P. Sempronio el conjunto de estas operaciones. Pero alivió de parte de sus preocupaciones al Senado una carta del cónsul L. Volumnio, participando el exterminio de los devastadores de la Campania. En nombre de los cónsules se ordenaron plegarias públicas, á causa de aquel triunfo y se mandó cesar la vacación de negocios, que había durado diez y ocho días, celebrándose con universal regocijo las acciones de gracias. Pensóse entonces en poner á cubierto de nuevos ataques el país devastado por los samnitas, decidiéndose enviar dos colonias á las inmediaciones de Vescia y Falerno, una hacia la desembocadura del Liris, á la que se dió el nombre de Minturna, y la otra á las gargantas de Vescia, que confinan con el territorio de Falerno, en el punto donde estuvo, según dicen, la ciudad griega de Sinope, y á la que después dieron los cónsules romanos el nombre de Sinuesa. Encargóse á los tribunos del pueblo autorizar, por medio de un plebiscito, al pretor P. Sempronio para que crease triunviros encargados de llevar las colonias. Pero se encontraban pocos ciudadanos que quisieran alistarse, persuadidos todos de que querían enviarles á un puesto militar donde tendrían que vivir incesantemente con las armas en la mano y no cultivando tierras. Apartó de estos cuidados al Senado la guerra de Etruria que se organizaba, y las frecuentes cartas de Apio advirtiéndole que no descuidase los movimientos de este país: «Cuatro naciones, decía, reúnen sus armas, los etruscos, los samnitas, los umbrios y los galos. Ya se habían establecido dos campamentos, no pudiendo contener uno solo aquella mul-



titud.» Estas noticias y los comicios cuya época se acercaba, hicieron llamar á Roma al cónsul L. Volumnio, quien antes de reunir las centurias para emitir el voto, convocó al pueblo y habló detalladamente acerca de la importancia de la guerra de la Etruria, diciendo: «Que cuando combatió unido con su colega, era tan formidable la guerra, que no hubiesen podido sostenerla un solo general y un solo ejército; que, según se decía, desde entonces habían aumentado las fuerzas del enemigo con las de los umbrios y un gran ejército de galos; que debía pensarse que los cónsules tendrían que hacer la guerra á cuatro pueblos; que á no ser por su convencimiento de que el pueblo romano unánimemente nombraría cónsul al que pasaba, con razón, por el general más hábil, habría nombrado en el acto dictador.»

Nadie podía dudar que todos los votos serían para Q. Fabio; y la centuria privilegiada de todas las que se llamaron primero, le nombraba cónsul con L. Volumnio. Fabio habló como lo había hecho dos años antes; pero vencido por el deseo general, limitóse á pedir á P. Decio por colega. «Este sería un apoyo para su vejez; durante la censura y sus dos consulados ejercidos con él, había experimentado que nada contribuía tanto á la fuerza y á la seguridad de la república como la buena inteligencia entre los dos colegas: el carácter de un anciano se acomodaba difícilmente á un nuevo compañero de mando, y se entendería mucho mejor con un hombre cuyo carácter conocía ya.» El cónsul suscribió á estas observaciones, como también á los justos elogios tributados á P. Decio, y hasta insistió en las ventajas de la concordia y los funestos inconvenientes del desacuerdo de los cónsules en la dirección de las operaciones militares, recordando la espantosa desgracia que estuvo á punto de ocasionar sus disgustos con su colega; recomendando á Decio y á Fabio que conser-

vasen la armonía de acción y pensamiento. Además, los dos habían nacido para la guerra; eran grandes por sus hazañas, poco cursados en la ciencia de las palabras y en los combates oratorios; eran dos caracteres verdaderamente consulares. En cuanto á los ingenios útiles y ejercitados que, como Ap. Claudio, habían estudiado las leyes y el arte de la elocuencia, debían quedar en Roma para la administración civil y los tribunales; nombrándoles pretores para la administración de justicia. El día pasó en estos discursos, y á la mañana siguiente, por orden del cónsul se celebraron los comicios consulares y pretorianos. Creóse cónsules á Q. Fabio y P. Decio; Ap. Claudio fué nombrado pretor, no estando presentes ninguno de ellos. Un senatus-consulto y un plebiscito prorrogaron el mando por un año á L. Volumnio.

Muchos prodigios ocurrieron aquel año. Para conjurar lo malo que anunciaban, el Senado mandó celebrar rogativas públicas durante dos días. El Tesoro sufragó los gastos de vino y de incienso, atrayendo aquellas solemnidades considerable número de hombres y mujeres, haciéndolas notables un debate que estalló entre las señoras romanas en el reducido templo del Pudor patricio, situado en el Foro boario, cerca de la rotonda dedicada á Hércules. Virginia, hija de Aulo, patricia, había casado con el cónsul L. Volumnio, que era plebeyo, y para castigarla por aquel desigual matrimonio, las matronas la habían separado de sus ceremonias sagradas. De esto nació ligero altercado, que por consecuencia de la natural irritabilidad de las mujeres se llevó hasta disputa violenta. Virginia pretendía haber tenido derecho á entrar en el templo del Pudor patricio, siendo ella patricia púdica, no habiéndose casado más que con un solo hombre, al que fué presentada virgen, no teniendo que avergonzarse de aquella unión, sino por el

contrario, lisonjearse por el carácter, honores y hazañas de su esposo. Tan hermosas palabras fueron coronadas por una acción magnífica. En la calle Larga, donde habitaba, separó de su casa terreno suficiente para un templo pequeño y allí erigió un altar: en seguida, habiendo convocado á las matronas plebeyas, se quejó del ultraje que le habían inferido las patricias y dijo: «Yo consagro este altar al pudor plebeyo; que en adelante no haya menor emulación de castidad entre las mujeres, que de valor entre los hombres; haced todo género de esfuerzos para que se diga que este altar se honra más santamente, si es posible, que el otro, y por mujeres más castas.» Adoptáronse para este altar casi los mismos ritos que para el antiguo, hasta el punto de no concederse derecho para sacrificar en él más que á las mujeres de castidad reconocida y que solamente se habían casado una vez. Más adelante, este culto, substituído no solamente á indignas matronas, sino que también á mujeres de cualquier condición, concluyó por quedar abandonado. En este mismo año Cn. y Q. Ogulnio, editores curules, persiguieron á algunos usureros, y con el producto de la confiscación de sus bienes se construyeron la puerta de bronce del Capitolio, vasos de plata para decorar tres mesas colocadas en el santuario de Júpiter, la estatua de este dios con la cuadriga que adorna el coronamiento del edificio, y cerca de la higuera Ruminal, la representación de los dos niños fundadores de Roma, amamantados por la loba; además se hizo pavimentar con losas cuadradas el camino que conducía desde la puerta Capena al templo de Marte. Los editores plebeyos L. Elio Peto y C. Fulvio Curvo, habiendo hecho condenar á los arrendatarios de los prados públicos, dieron juegos con el dinero procedente de las multas é hicieron colocar copas de oro en el templo de Ceres.

Los cónsules Q. Fabio y P. Decio, el primero por quinta vez y por cuarta el segundo, veíanse por tercera vez colegas en esta dignidad, después de haberlo sido en la censura; no consiguiendo mayor gloria de sus hazañas, por grandes que fuesen, que por su concordia; sin embargo, quedó turbada momentáneamente por un debate, debido, á lo que creo, más á la rivalidad de los dos órdenes que á ellos mismos. Pretendían los patricios que se asignase extraordinariamente á Fabio la Etruria, y los plebeyos impulsaban á Decio á que reclamase el derecho de sorteo. Es cierto que hubo alguna discusión en el Senado, y como allí preponderaba Fabio, se llevó inmediatamente el asunto ante el pueblo. El día de la asamblea no fué larga la discusión, tomando el carácter que debía tener entre dos hombres de guerra, que daban más importancia á los hechos que á las palabras. Fabio alegaba «que era odioso recoger otro el fruto de un árbol que él había plantado; él había abierto la selva Ciminia y labrado camino á las armas romanas á través de aquellos inaccesibles desfiladeros. ¿Por qué haberle suplicado tanto en su edad si querían encargar á otro la dirección de la guerra?» En seguida dirigió algunas ligeras reconvenções á Decio: «que se hacía adversario suyo en vez de fiel colega como él había creído elegir y que echaba de menos la concordia que había reinado entre ellos siempre que habían ejercido juntos la misma dignidad.» Concluyó diciendo «que no pedía otra cosa que ser enviado á la provincia en el caso de que se le considerase digno de este honor, y que como se había sujetado á la decisión del Senado, de la misma manera se sometía al soberano juicio del pueblo.» P. Decio se quejaba de la injusticia del Senado: «En cuanto habían podido los patricios se habían esforzado en cerrar á los plebeyos el acceso á las grandes dignidades; desde que el mérito